

ENA

Pequeña población del municipio de las Peñas de Riglos situada en el llamado Sodoruel, al pie del espacio protegido del Monte Oroel y de la sierra de San Juan de la Peña; de hecho, se ubica a tan sólo a 26 km del viejo monasterio de San Juan de la Peña. Se accede a la misma a través de un desvío a la izquierda en la antigua carretera de comunicación con Jaca, la A-1205, después de haber pasado la población de Anzánigo. Junto a Centenero se constituyen en la zona más septentrional de la Comarca de la Hoya de Huesca, lindando ya con la comarca de la Jacetania.

Ena en su tiempo fue la cabecera de una serie de pardinias cercanas: Nublas, Especiello, Casanova, Medianeta, Carzún, Altasobre, Ordaniso y Lanzaco. Su origen histórico se remonta a la época de dominación romana, ya que de hecho por esta zona pasaba la vía romana que unía *Caesaraugusta* con el Pirineo, pasando por Siresa y el Puerto de Palo, y además, según M^a. Ángeles Magallón, en sus alrededores se debe de hallar una *mansio* aún no localizada llamada *Ebellinum*, junto al yacimiento romano del Reguero de la Nava, el romano-medieval de Botayuela y los medievales de Casanova, Nublas y Especiello.

Destaca su reducido casco urbano dividido en dos barrios con interesantes ejemplos de arquitectura de montaña, entre las que se puede contemplar bonitas chimeneas de piedra, el singular horno de la casa Ascaso, fechada en 1689 o la casa que domina junto a la iglesia parroquial la plaza central de la localidad. También sobresalen en su término dos antiguos molinos harineros y la popular ermita de la Virgen del Camino a pocos kilómetros al sur de la localidad.

Documentada a partir del año 1013, Ena y su iglesia parroquial pertenecieron al monasterio de San Juan de la Peña y en el año 1414 era una villa de realengo.

Iglesia de San Pedro

LA IGLESIA DE SAN PEDRO APÓSTOL es un templo moderno muy transformado a lo largo de los siglos. Tan sólo conserva de época románica un crismón, de mediados

del siglo XII, incrustado en su moderna torre, la pila bautismal y la talla de la Virgen del Camino, procedente de la citada ermita de la localidad.



Vista general



Crismón

El crismón románico se encuentra en el cuerpo de campanas de la torre, en su muro oeste. Se trata de un crismón de tipo trinitario, con influencias navarras. Consta de seis brazos con una acanaladura incisa central en todo el recorrido de cada uno de ellos y rematándolos están decorados con una forma engrosada, o patada, a modo de flor de lis. Hacia la parte media de cinco de los seis brazos, y a una misma altura, observamos un engrosamiento a modo de círculo o pequeña roseta imitando, según Olañeta, los crismones navarro-castellanos del siglo XII. Todos los símbolos tienen un tamaño similar y un elemento singular es la tilde o travesaño que aparece dentro del vano del símbolo P.

A los pies de la nave, bajo el coro, se halla una curiosa pila bautismal formada por un sencillo pie cilíndrico sobre el que apoya una copa rectangular con sus bordes y ángulos decorados con una moldura de bocel.

Texto y fotos: EGC

Bibliografía

CASTÁN SARASA, A. (coord.), 2006, p. 354; OLAÑETA MOLINA, J. A., www.claustro.com/Ena.

VIRGEN CON EL NIÑO (NUESTRA SEÑORA DEL CAMINO)

Este espacio que preside el monte Oroel, la comarca de Sodoruel, guarda profundas vinculaciones con el mundo de San Juan de la Peña que potenció la puesta en cultivo de estas zonas en los inicios del siglo XII. Con estas dos referencias sociopolíticas, hay que acercarse a una imagen que se ha conservado en la parroquial de San Pedro, aunque si se hace



Pila bautismal

caso de la propuesta realizada por el padre Mur (1995) hay que reconocer que quizás la talla no sea originaria de este enclave puesto que podría haber llegado a la ermita de la Virgen del Camino, que dice "se levantaría a fines del siglo XVI desde cualquiera de los despoblados existentes en la zona, que desaparecieron allá por el siglo XV".

Se encuentra con una devoción documentada desde el siglo XVIII, con el padre Faci (1739) explicando que se halló la talla, "donde oy se venera, entre unos Caxicos, especie de carrasca", aunque para que la ermita se ubicara aquí tuvo que obrar la Virgen un milagroso traslado de su imagen, desde la que habían construido las gentes del lugar por encontrarse algo alejada del punto en el que aconteció la aparición. En todo caso, es una devoción que cobró gran fuerza en el mundo moderno, tal y como nos explica el padre Leante (1889) cuando habla de esta "preciosa escultura en madera, que mide 90 centímetros de altura, está derecha y tiene al Niño Jesús en sus brazos, ricos mantos la engalanan, debidos a la piedad de los fieles y al reconocimiento y gratitud de sus hijos favorecidos".

No se trata de analizar la compleja descripción que hace el canónigo jacetano, sobre todo de las dudas que va sembrando al hablar de ella, aunque hay que valorar que esta talla —con la advocación de Virgen del Camino y realizada en madera policromada— presenta un fuerte cromatismo, resultado de un repintado realizado seguramente en época reciente y que ha dejado excesivamente uniformes las superficies de color, perdiendo definitivamente cualquier apunte de sombreado.

La primera sugerencia que provoca la contemplación de esta imagen, conservada en tierras jaquesas, es su carácter popular pues parece tratarse de una talla en la que su autor ha sucumbido a la reiteración de un modelo habitual, sin dejar concesiones a su creatividad. La imagen de María es la típica

Virgen-trono, muy hierática, inexpresiva, con los brazos al frente para enmarcar la imagen de Cristo, que aparece en actitud mayestática con los habituales gestos de bendecir con la derecha y de presentar el Libro sagrado con la izquierda. La Virgen, por su parte, abre la mano izquierda para ofrecer al Niño y sostiene en la diestra una pequeña esfera como signo mayestático de la soberanía de su propio Hijo sobre todo lo creado.

María está sentada en un trono muy sencillo, el habitual del siglo XII, con cuatro vástagos que ofrecen una cuidada y peculiar decoración en bandas y se rematan en los clásicos elementos de forma semiesférica. Completando ese sentido real del trono, está la corona de la Virgen, que ya se ha apuntado pudiera ser habitual desde la segunda mitad del siglo XII. María aquí conserva parte de su primitiva corona, que le sirve además para sujetar la toca blanca que se ajusta a la cabeza para acabar cayendo sobre los hombros y superponiéndose al manto que mantiene el usual color azul. Bajo éste, se encuentra la túnica roja que permite ver con rotundidad los pies calzados de la imagen, quizás de manera excepcional puesto que nunca nos encontramos con la representación de una túnica que no enmarque el calzado.

La presentación de Cristo, especialmente su vestimenta, ofrece importantes detalles a tener en cuenta. Por un lado lleva manto rojo y túnica verde y se presenta descalzo, como es de rigor, y coronado. Pero además, conviene señalar que en esta efigie mariana no hay tratamiento volumétrico de los ropajes, los cuales carecen de pliegues y son excesivamente planos, salvo en el caso concreto de la túnica del Niño en donde sí hay plisados. Pero además de observar estos pliegues, el manto permite recordar las imágenes ribagorzanas en las que se cierra bajo el cuello. Esta capa cerrada aparece en importantes imágenes del siglo XII, las cuales también tienen esos pliegues verticales y rígidos que tiene el vestido del Niño.

En consecuencia, estamos ante una talla tipo Virgen-trono que pudo ser realizada en el segundo tercio del siglo XII, momento en que podemos ver cómo existe una cierta conexión entre el tratamiento mayestático de algunas tallas jacetanas y el esquema racionalizado de las vestiduras ribagorzanas. No es lejana a esa rotunda inexpresividad que se advierte en



Virgen con el Niño

otras tallas del Pirineo occidental y desde luego bien se puede considerar dentro de esa difusión de la devoción mariana que se da entre 1130 y 1160.

Texto: DJBC - Foto: EGC

Bibliografía

BUESA CONDE, D. J., 2000b, pp. 44-46; MUR SAURA, R., 1995a, pp. 80-81.



Santa María
la Real fundación